

REDONDA COMO EL MUNDO.
Para estos niños, la pelota es el
centro de su universo. El autor
de estas imágenes pasó 15
meses en África, con su mochila
a la espalda, viviendo con la
gente en sus poblados y visitan-
do campos de refugiados.

LA PELOTA MARCA
LA ESPERANZA DEL
CONTINENTE NEGRO.
EL 14 DE JUNIO EMPIEZA
EN SURÁFRICA LA COPA
DE CONFEDERACIONES



BALONES DE ÁFRICA

TEXTO Y FOTOS
JAVIER MARTÍNEZ DE LA VARGA

Redonda como el mundo. Circular con el destino. Lo único importante es tener la pelota, de trapo, de plástico, de hojas de bananero. La vieja rueda por campos polvorientos de este a oeste, de norte a sur de África. La vieja pelotuda da alegrías efímeras y victorias pírricas, aleja la cabeza de una realidad opresora. Así es el fútbol de donde salieron grandes talentos que hoy deslumbran en la Champions.

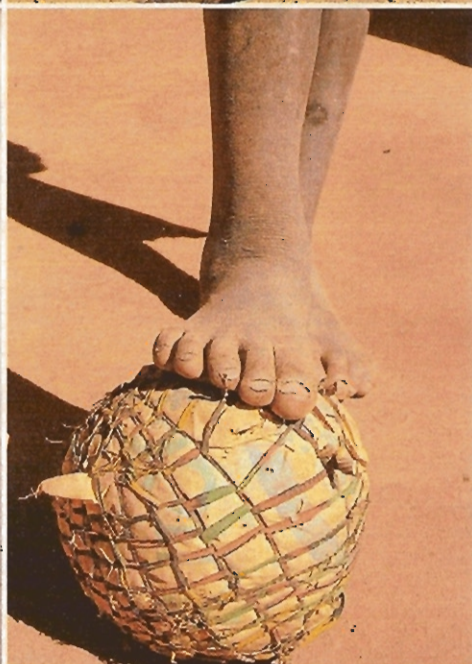
Aferrados a su pelota, cientos de miles de niños de toda África viven su fútbol. Un fútbol sin concesiones, sin tácticas, sin egoísmo y sin malicia. Un fútbol total, donde el físico y el entusiasmo pueden con todo, con las penurias y con la falta de botas, hasta con la falta de tiempo. Todos detrás del balón y sin camiseta es difícil adivinar a qué bando pertenecen. Todos quieren la pelota y como posesos van detrás de ella. Buscan su gol. El pitido final de los partidos lo marca la voz de los mayores cuando les asignan nuevos trabajos.

Ser español es una pequeña garantía de simpatía aún en algunos sitios recónditos de África.

- ¿De dónde eres?
- De España.
- ¿Del Real Madrid o del Barça?

Allá donde a los exploradores les llevó siglos llegar, las parabólicas hoy traen los partidos en directo. Los chavales también estarán muy atentos, seguro, a la Copa de Confederaciones, que del 14 al 28 de junio se celebra en Suráfrica.

—¿Madrid o Barcelona? ▶





—¿Iniesta o Raúl?

La Eurocopa pasada, en Malawi, fue una experiencia de esa generosidad. Casi aleatoriamente, cada parroquia no elige su país. Y, cuando cae eliminado, pasa a otro, que anima desde lo más hondo de sus entrañas. Al final he visto lágrimas en sus caras porque su equipo adoptivo había caído eliminado.

Hambre y fútbol, hambre de gloria, aunque sea una gloria efímera. El instante supremo de ver pasar la raya de gol esa pelota hecha con restos de envases de refrescos, con hojas, anudada malamente con un hilo de plástico o con una rama.

Una metáfora parecida se vivió en España en su momento, hace muchas décadas. Del hambre y las pelotas de trapo surgieron genios como Samitier, César o Segarra. ¿El hambre agudiza el ingenio? No, el hambre agudiza el hambre de gloria.

Por los caminos polvorientos levantan la mano, saludando, chavales descalzos. Sin botas, pero con una camiseta del Barça.

DESCALZOS

Para muchos niños africanos, la pelota es como la prolongación de sus pies, de sus manos... siempre cerca.

—¿Español? ¡Fàbregas!

Una conexión inmediata en el este de África, donde menos se sigue la liga española, pero donde se sigue con pasión la singladura de los españoles que juegan la *premier* inglesa. No cuesta trabajo pensar

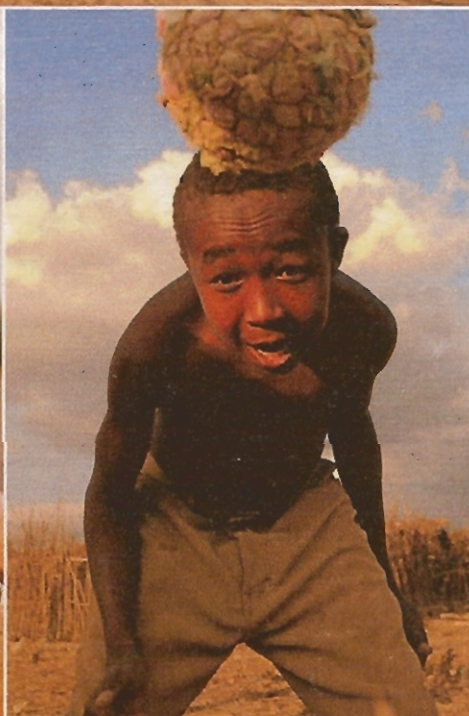
que Torres es un ídolo, o Cesc Fàbregas, o Arteta o Xabi Alonso. Llama la atención un chavalín que dice: “¡Benítez!”, el entrenador del Liverpool.

Muchos son niños huérfanos, viven en condiciones miserables, pero ahí tienen a la vieja pelota, que les hace sonreír en medio de los parajes más deprimentes del planeta, otra pelota, por cierto.

No hay categorías, no hay árbitro, no hay tácticas, apenas hay faltas.

Se juega a pulso, por fuerza y con técnica admirable dadas las condiciones del campo —un patatal—, de la pelota —hecha con plásticos— y de las botas —sus pies descalzos—, pero nadie se queja, nadie se lesiona. Eso se llama deportividad.

En Sudán, los chicos juegan a más de 40



LA DESEADA

La precariedad y el ingenio consiguen milagros. Donde hay una pelota, sea de lo que sea, hay fútbol.

grados. Da igual, si hay llantos es por una falta injusta o por un gol recibido de mala manera. El resto es risa y pasión. Todos quieren meter un gol, sean lo que sean, porque el gol es la madre de la felicidad fugaz, efímera. Muchas veces la única que tienen al alcance de la mano (o del pie, mejor dicho).

Precisa y sorprendentemente, en Sudán son fieles seguidores de la Liga española. Los niños llevan camisetas, desastradas, alguna con el nombre de algún jugador que pasó por ella, pero que ya no está.

Nadie sabe de dónde han salido, dónde las han conseguido, quién se las ha regalado. Pero los chicos llevan las camisetas de los equipos con orgullo. Su conocimiento del fútbol español es sorprendente. No es raro que hablen de Drogba o Etoo, pero lo curioso es que tengan como ídolo a un manchego paliducho y amante de la filigrana como Iniesta.

CAMPOS DE REFUGIADOS

Estas fotos que les mostramos han sido tomadas en el altiplano de Madagascar, en campos de refugiados en Uganda y del Congo... De estos sitios no ha salido ningún protagonista de la final de Champions de Roma. Pero la furia por el gol del camerunés Etoo o del caboverdiano Nani se sienten también aquí.

Los ojeadores de los equipos aparecen de vez en cuando por las ciudades a cazar un talento. Los niños pueden caer entonces en manos de alguna mafia, que hacen una versión pelotera de la trata de blancas. Los chicos africanos son bien apreciados por los grandes clubes europeos, siempre en busca de un mirlo blanco.

A esos niños les esperan penurias y amarguras, mucho tiempo fuera de casa para en la mayor parte de los casos volver con una mano delante, otra detrás y descorazonados, otra vez a la miseria. Da igual, merecerá la pena, porque con toda seguridad sus ojos seguirán brillando, a juego con su sonrisa, cuando vean a la vieja, cuando la esfera de plástico pase otra vez la línea de gol.

No los sacará de la miseria, no les alargará la vida, pero uno los ve seguir ese montón de hojas y le dan ganas de parafrasear a Alfredo Di Stéfano y decir: "Gracias, vieja".